

Los grandes de América

El refugio de Leopoldo Lugones.—El fangal de la política.—Qué es el amor?—"La Protesta Humana".

A Leopoldo Lugones lo conocía yo, no sólo como un gran poeta y un gran artista de la forma, sino como uno de los más valiosos elementos de aquel grupo entusiasta e intelectual que en las columnas de *La Protesta Humana* lanzó las primeras voces de aliento contra la burguesía imperante aún en la Argentina y clamó por un orden lleno de justicia y de amor.

Este periodiquillo, en el que Lugones hizo sus primeras armas—si armas pueden llamarse las primigenias manifestaciones de un espíritu artístico—es el que ha sufrido más vicisitudes y tropiezos en la política porteña. Fué antaño candente y jugoso, y tuvo toda la valentía de sus creadores. La ignorancia lo apedreó, los intereses creados lo persiguieron y escarnecieron, y la «hoja escrita con sangre» cayó poco a poco en el desconcierto... Sus hombres se dispersaron como las hojas de un árbol que se seca... Hoy esa publicación es una hojilla insignificante. La palabra *humana* ha desaparecido y el diario se llama tan sólo *La Protesta*... Resultó en verdad poco humano luchar contra la corriente de la estupidez.

EL RETIRO DE LUGONES

CUANDO llegué a la Argentina, noté que los antiguos entusiastas de la renovación social se habían dispersado y retraído, víctimas del desencanto.

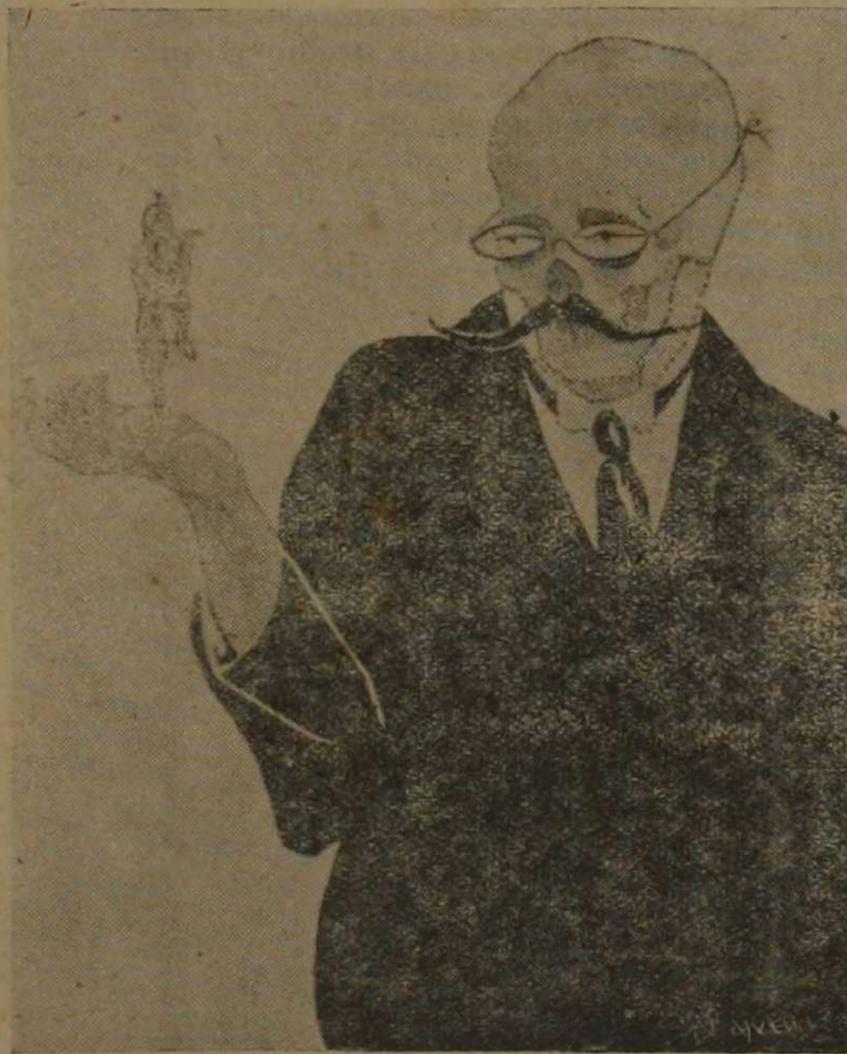
Ghinaldo emigró a España, Ingenieros se encerró en su erudición filosófica barnizada de ingenio propio, Lugones convirtió su rebeldía contra la injusticia en rebeldía contra la insensatez de los hombres.

Cuando pregunté por el «poeta máximo», como aquí se le llama oficialmente, supe que era un retraído, un aristócrata de la belleza, oculto, no en la manoseada torre de marfil, sino en un palacio de dignidad.

En este país de los millones, de las grandes cosechas y las innumerables cabezas de ganado vacuno, el poeta máximo es tan sólo el bibliotecario del Consejo Nacional de Educación.

Allí acudí a conocerlo. La biblioteca está llena de rostros jóvenes inclinados sobre los libros abiertos. A la derecha se divisa un salón donde más de cien niños leen con seriedad de personas maduras.

—¿El señor Lugones?—le pregunto a un portero.



Caricatura de LEOPOLDO LUGONES.

(Tomada de *Cromos*, Bogotá).

—Voy a ver si está—me replica él recibiendo mi tarjeta. A los pocos segundos regresa y me hace señas de que lo siga. Llegamos a una puerta cerrada, el portero saca de su bolsillo una llave y abre la cerradura. Al momento puedo comprender que Leopoldo Lugones es un prisionero de su tranquilidad.

¿POETA O SOCIOLOGO?

Vi una estancia espaciosa. En mitad de ella, sobre una mesita, una cafetera de plata. Al fondo un canapé forrado en cuero carmelita oscuro. Di un paso adelante y salió a recibirme muy sonriente y atento, con la mano extendi-

da, un hombre de faz delgada, bigote negro caído sobre el labio y unos anteojos achatados que daban a los ojos oscuros ese aspecto que presentan cuando se hallan a medio abrir.

Leopoldo Lugones no es sin embargo un miope. Al contrario: ve demasiado lejos. Su mirada es ardiente, franca. En ella nunca mariposean el sarcasmo ni la ironía.

Y lo mismo que sus ojos son sus palabras.

—Siéntese usted... Cuánto me agrada ver por acá a una persona del gremio, venida de otros mundos.

—Mi deseo de conocerlo era inmenso... Mejor dicho, no de conocerlo, sino de oírlo y de verle la cara.

El sonrió confidencialmente y me señaló de nuevo una silla.

Y le dije lo más adecuado que encontré para comenzar:

—Cuando salí de Colombia, recibían allá con grande entusiasmo la noticia de que usted iba en calidad de Ministro Plenipotenciario.

—¿Quién será el que se encarga de echar a rodar esas noticias?... Yo no puedo ir a Colombia ni a ninguna parte con misión diplomática, por la sencilla razón de que no soy político ni deseo ver nada con la política... Mucho menos tratándose de un país como éste, que tiene la política más detestable que pueda conocerse.

Noté que el diálogo tomaba mal camino, pues mi deseo era hablar de arte; pero Lugones se explayó en el tema con un desborde de locuacidad.

—Aquí, por desgracia, ha caído un azote: la democracia. En este país la democracia lo está echando todo a perder. Esa forma de organización social no sirve todavía para nuestras naciones, donde el pueblo se halla en una ignorancia crasa... Aquí ha llegado a

mandar el pueblo... Actualmente se está aplicando la democracia en todo su vigor... ¿Qué resulta de ahí? Que la suerte de todos está en manos de los que no saben ni leer la mismas leyes que pretenden aplicar.

IRIGOYEN EN COLACION...

EL poeta continuó impertérrito:

—Tenemos frente a la nación a un hombre ignorante, semisalvaje, incapaz de manejar ni de entender siquiera los destinos de la comunidad.

—¿Irigoyen?...

—Sí. Es un semisalvaje, un bárbaro, un ídolo absurdo del pueblo... El pue-